

VISIÓN PERSONAL

Lo mejor de EEUU para Europa



Julio Pomés
Director del 'think tank'
Institución Futuro

Mientras la mayoría de los países de la UE languidecen, Estados Unidos, a pesar del imponente déficit de sus balanzas, sigue creciendo poderosamente. ¿Cuál es el secreto de la vitalidad económica del coloso americano? Adelanto que, para incitar al cambio de chip que precisa nuestro anquilosado continente, acentuaré el contraste de culturas entre ambos lados del Atlántico. También, buscando una mayor dicotomía, excluiré de la comparativa a las Islas Británicas, en cuanto que en algunos aspectos representan una transición entre las dos mentalidades a analizar. Enumeraré algunos elementos distintivos de EEUU que pueden esclarecer por qué Europa es menos competitiva.

1) Optimismo. Es un factor puramente cultural, pero cualquiera que haya estado en EEUU lo puede confirmar. Tomemos como ejemplo la constante angustia sobre las crisis en la UE, tan palpable con las negativas francesa y holandesa a la Constitución. Fue un ataque de europesimismo absurdo. Sin embargo, en EEUU tuvieron al mismo tiempo el Katrina, la destrucción total de Nueva Orleans, la guerra de Irak, una coyuntura al borde de la suspensión de pagos de General Motors y de Ford, un aumento impresionante del déficit público y el procesamiento de un miembro del gabinete de Bush (Lewis 'Scooter' Lobby). A pesar de todas estas desgracias, nadie cuestionó a EEUU como nación.

2) Filosofía política. EEUU es un país asentado sobre la idea de erigir una nación nueva, sin los presuntos 'vicios' del resto del mundo. Por el contrario, la construcción europea se basa en razones defensivas de por qué nos conviene unirnos, tales como el temor, tan vivo en los años 50, de que pudiera repetirse una confrontación bélica entre Alemania y Francia, el recelo de las intenciones norteamericanas sobre Europa y el asegurar nuestros mercados comerciales. Hoy hemos adoptado una posición continuista abandonando el proyecto innovador que tuvieron estadistas de la talla de Schuman, Monnet y Kohl.

3) Capacidad de asumir riesgos. El americano medio acaba la carrera de Medicina debiendo 100.000 dólares al banco en créditos que ha solicitado para estudiar, cantidad que asciende a 150.000 en los casos que hayan combinado un bachellor y un postgrado (por ejemplo, el programa conjunto de SAIS y Wharton). Un europeo es improbable que se atreva a endeudarse porque le falta confianza en sí mismo.

4) Espíritu emprendedor. En EEUU existe una actitud emprendedora asombrosa y, al mismo tiempo, una tolerancia al fracaso empresarial admirable. En Europa, si alguien se arruina está acabado para siempre y nunca se desprenderá del sambenito de fracasado. En EEUU, muchos millonarios se han arruinado una, dos tres veces y no pasa nada.

5) Apertura a nuevas ideas. No sólo desde el punto de vista empresarial, sino también desde el político. El Partido Republicano es una máquina de generar ideas. Incluso si nos ceñimos a la guerra de Irak, la filosofía política que subyace (transformar Oriente Medio) es tremendamente revolucionaria y no corresponde a un país hegemónico como EEUU, que en teoría debería estar tratando de conservar el statu quo (a los neoconservadores les gusta decir que EEUU es una potencia transformacional, esto es, que trata de cambiar el mundo).

6) Ambición. EEUU está convencido de que debe jugar un papel central en el mundo y de que es el mejor país sobre la faz de la Tierra. En Europa nos resignamos a seguir siendo una mediana llena de desprecio hacia lo que nos supera.

Es probable que la clave esencial que explica esas ventajas de EEUU sobre Europa sea la diferente actitud de los norteamericanos para afrontar sus desafíos personales. Debajo de esta mentalidad subyace un concepto distinto de la libertad. El europeo atribuye al Estado una cierta legitimación como dispensador de esta gracia. La explicación de esta sumisión puede estar en nuestra historia y especialmente en esos períodos en los que la monarquía tuvo derechos supremos. Los europeos acatamos el poder del Estado sobre nosotros, sumisión que conlleva el encontrar lógico que se ocupe de solucionarnos nuestros problemas. Por el contrario, el americano considera que la libertad le pertenece de un modo absoluto y que, si le cede parte de la misma al Estado, lo hace más por necesidad que por gusto.

A DEBATE

Interesada confusión entre cambio climático y polución



José Javaloyes

La Conferencia de Montreal ha abundado en los errores científicos, sobre la realidad del cambio climático, de los que partió el Protocolo de Kioto. Plantea una grave cuestión esa inexactitud fundamental sobre la Historia del Clima: la de que la última década del siglo XX registró, ya al borde del precipicio, las temperaturas más altas en los dos mil años últimos, y que la Agencia Europea del Medio Ambiente eleva a los cinco mil. Esa imprecisión aparece contenida en el estudio de la ONU que da base argumental al Protocolo de Kioto.

Si no fuera error involuntario, por desconocimiento del pasado, estaríamos hablando de formidable engaño y monumental mentira. Pero como el error, luego de que advertido no ha sido elevado por sus autores a las conclusiones de tal estudio, rectificándolas por su propio eje, ¿de qué habrá que hablar? No bastará con reconocer atrevimiento, osadía, improvisación o simple desconocimiento. Habrá que reconocer la evidencia de la manipulación política del asunto; manipulación acaso por más motivos que los del ecologismo y la presión mediática y social que genera.

El movimiento ecologista no acaba de ser reconocido como eco profundo de la Guerra Fría, cuando Moscú fletaba los movimientos antinucleares y contra el despliegue de los euromisiles en el continente europeo, mientras mantenía los cohetes suyos apuntando a las capitales europeas y construía sus plantas nucleares sin estructura de contención, incluida la central de Chernobil, para ahorrarse un 40 por ciento de los costes. El ecologismo ha conseguido reciclar el sentido de aquella catástrofe, imputando a la energía nuclear la inviabilidad de la opción soviética y de su desafío a Occidente.

Existe una opinión global en torno al cambio climático que prevalece sobre el conocimiento cierto de hechos capitales referentes a la evolución del clima mismo; una opinión que, además, margina, la consideración de cautelas que son imprescindibles por la propia magnitud de las consecuencias económicas y sociales que se derivan de todo ello. Estudios científicos recientemente realizados sobre la evolución térmica del medio alpino durante el pasado milenio, con los retrocesos, avances y nuevos repliegues de los hielos, vienen a corroborar, con la precisión que es del caso, las referencias sobre la brutal subida de las temperaturas en la Baja Edad Media.

Aquel súbito calentamiento fundió los hielos de Groenlandia y permitió que fuera colonizada por escandinavos. La llamada Pequeña Glaciación, sobrevinida en el siglo XVII acabó con los colonos, aislados del continente europeo. El regreso de los grandes fríos hizo imposible la navegación, hasta el punto de que grandes bloques de hie-

lo la hicieron peligrosa en el Canal de la Mancha, mientras que el mar se congelaba frente a Marsella, y el Guadalquivir en parte de su curso, según recoge el historiador Fernand Braudel en su *Civilización material, economía y capitalismo*, publicado en España por Alianza Editorial.

¿Qué agujeros en la capa de ozono, por efecto de la contaminación atmosférica a manos del hombre, trajeron aquellos calores medievales, y qué intensivas terapias como las del Protocolo de Kioto hicieron el milagro de zurrir aquellos rotos, y hasta de pasarse en los remiendos llevando las fronteras del hielo más allá de donde estaban? Las cimas de calor durante el pasado milenio no se registraron en la pasada década de los 90. Y por lo mismo habría que discutir si el ciclo de recuperación térmica, ininterrumpida desde los fríos del siglo XVII, tiene la genuina entidad de un cambio climático. Lo honesto sería que se reprocesaran hipótesis, análisis y discurso que han llevado hasta el Protocolo de Kioto, y no que en Montreal, más que pasar por alto el desacreditado punto de partida, en lo histórico y en lo analítico (pues se utilizó un modelo matemático que llevaba siempre a los mismos resultados que se buscaban, fueran cuales fuesen los datos que se procesaban), se haya ido aún más lejos, ampliando la vigencia del engendro nominado con la vieja capital de Japón. Y además, por si algo faltara para el dislate histórico, la Agencia Europea del Medio Ambiente, para no ser menos, se descolgaba, al aire de la conferencia canadiense, con la machada de extender a 5.000 años el tiempo transcurrido desde que el clima de la Tierra no había alcanzado niveles de recalentamiento como el de la pasada década.

Credo ecologista

Para colisión verdadera entre la ciencia y la religión, la que mantiene ahora el credo ecologista y los interesados sacristanes que la sostienen, contra las evidencias históricas y los genuinos análisis científicos sobre la naturaleza misma del comportamiento del clima. Mezclar el problema del crecimiento sostenible, tan real como la economía misma (en tanto que ciencia de los recursos limitados) con la cuestión del cambio climático, es algo que va más allá de las ganas de enredar, del propósito de confundir o de la explotación política de la onda ecologista, que es el viento de ocasión que han encontrado, para hinchar sus velas, los proyectos socialdemócratas que con variado nombre navegan por este globalizado planeta.

Conforme a esta interpretación parece oportuno decir dos cosas. Una, que el tinglado montado en Kioto sobre las emisiones contaminantes no debería tener como fondo escénico el debate sobre el clima, sino el del desarrollo sostenible. Y otra, que todo el tinglado del mercado de derechos de emisión, en el que nos pueden romper los riñones a los españoles, es invento franco-alemán para cierta redistribución global de renta a favor de los países pobres.

Pero es también invento útil para recaudar buenos euros los alemanes, desde el manejo que hicieron de los referentes históricos de su industria, para salir excedentarios de tales derechos y así poderlos vender. Invento útil para los alemanes, aunque también para los franceses: campeónísimos en electricidad de origen nuclear, no contaminante de la atmósfera, por lo que Kioto, más que traerles al fresco, les amplía la demanda y el negocio de sus excedentes eléctricos.

Se habrá de convenir, en fin, que lo políticamente correcto, sobre lo que prevaleció Kioto, tiene un límite: ése que obliga a comulgar con ruedas de molino con la milonga global del cambio climático. No hay ciencia que lo sostenga ni observación atenta que se lo trague. Hablemos de desarrollo sostenible, lo cual es muy necesario, pero no del clima. La única catástrofe en ciernes no es la del clima sino la capilar. Esa tomadura de pelo planetaria, sobre el pasado y el presente, a cuenta de los termómetros.

